EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Sociedad que fué de **Operarios**, calle del Factor núm. 9.

1851.

OBRAS PUBLICADAS.

—

La Creacion del mundo, y el Diluvio universal.
¡Es un Angel!
Trabajar por cuenta agena.
La Gloria del Arte.
Juan sin Tierra.
D. Sancho el Bravo.
Para Heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Mi Mamá.
El 5 de Agosto.
Los Amantes de Chinchon, (Paródia de los Amantes de Teruel.)
El ensayo de una ópera. (Zarzuela.)
Un dómine como hay pocos.
Juan sin Pena.
Las guerras civiles.
Traidor, inconfeso y Mártir.
La banda de la Condesa.
Nobleza contra Nobleza.
Un amor á la moda.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
La Madre de San Fernando.
Los amantes de Teruel (refundida).
Un Paje y un caballero.
Las flores de D. Juan.
Con razon y sin razon.
Lecciones de amor.
De audaces es la fortuna.
Las apariencias.
Llueven hijos.
Al mejor cazador.
Afectos de ódio y amor.
Los instintos de Alarcon.
D. Bernardo de Cabrera.
Arcanos del Alma. (Primera parte.)
Una falta.

INSTINTOS DE ALARCON.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

DON JUAN DE LA ROSA.

Representada con aplauso en el Teatro de la Comedia.



MADRID: 1850.

Imp. de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAGES.	ACTORES.
DON DIEGO, *padre de*.	**Sr. Aznar.**
HERNANDO DE ALARCON.	**Sr. Catalina.**
ELVIRA.	**Sra. Cachet.**
RAMIRO.	**Sr. Gimenez.**
UN PRECEPTOR.	**Sr. Carceller.**
UN CABALLERO.	**Sr. Gonzalez.**

La accion pasa en Palomares de Huete, el año de 1484.

ACTO UNICO.

El teatro representa el cuarto de estudio de Hernando con una puerta al fondo, y otra lateral á la derecha. Hernando con manteo y sotana aparece sentado delante de una mesa, con un libro abierto.

ESCENA PRIMERA.

HERNANDO *cerrando el libro que tiene abierto delante y levantándose con impaciencia.*

Cansado estoy de esperar,
y por Dios que he de saber
muy pronto lo que he de ser,
y á donde puedo alcanzar.
En este cuarto encerrado
y entre los libros metido,
parece que me han tenido
como á un leon enjaulado.
¡A mí que en el pecho siento
el gérmen devorador
de la guerra y del amor
tan reducido elemento!
De mi paciencia me admiro!
Aunque á su antojo no cuadre,

hoy ha de saber mi padre
esta decision, Ramiro! (*Llamando.*)
Ese trage de soldado
que he mandado disponer,
me vas al punto á traer.

ESCENA II.

Dicho y RAMIRO.

RAM. Me poneis en gran cuidado!
¿No advertis en vuestro ardor
quien tiene aquí que venir?
HERN. Quiero con él recibir
á mi adusto preceptor.
RAM. Dios os tenga de su mano!
A vuestro padre temed.
HERN. Le hablo, y desato la red
de mi encierro.
RAM. Empeño vano!
Se irritará.
HERN. Eso es distinto.
Sino atiende á mi razon,
diré con resolucion
que violenta mi instinto.
Conque obedece, y al punto
marcha por él.
RAM. Sí que haré;
mas despues...
HERN. Despues veré
como se arregla este asunto.

ESCENA III.

HERNANDO.

Vamos á cuentas, Hernando.
¿Quién el reposo destierra
de tu corazon? La guerra.
Sí!.. la guerra estoy ansiando.
Y es que pienso que algun dia
se ha de relatar mi historia

llena de esplendor y gloria...
Poder de la fantasía!
Mi padre de su ira en pos
vendrá al fin á ser clemente:
la inclinacion es torrente
que solo contiene Dios.

ESCENA IV.

Dicho y RAMIRO *con el trage.*

RAM. Vuestro trage aquí teneis;
por cierto que es muy hermoso;
vais á estar con él airoso.
Y cuándo le vestireis?
HERN. Ahora mismo, que este afan
ya todo mi ser debora;
su vista deslumbradora
parece que tiene iman.
Dime, ¿tú qué ves en mí
este anhelo indefinible,
te parece que es posible
contener mi frenesí?
¿Crees tú que un Alarcon
su vida entera consuma,
sin blandir como una pluma
el mas pesado lanzon?
¿Juzgas tú que cuando el moro
ocupa el suelo andaluz,
no he de lidiar por la cruz
de ese Dios á quien adoro?
¿Y piensas que un padre mate
con un desden tan prolijo,
la santa ambicion de su hijo
sin decirle antes, «combate?»
Yo vivir así no quiero:
esta sotana me aterra:
si nací para la guerra,
por qué no he de ser guerrero?
RAM. Lo que es á mí, don Hernando,
me habeis convencido ya.
HERN. Lo mismo sucederá

con mi padre.

RAM. Estoy pensando
en seguiros, y me fundo;
pues así me ampare Dios,
como que iria con vos,
señor, hasta el fin del mundo.

HERN. ¿Y tú te sientes capaz
de lidiar?

RAM. Pienso que sí:
porque hablando claro, á mí
tambien me cansa la paz.
El valor es contagioso,
y el vuestro se me ha pegado:
con haberos escuchado
me siento ya mas brioso.

HERN. Y te atreverás?

RAM. Pues no?

HERN. Mis palabras en tu mente
pesa: sino eres valiente,
entonces, te mato yo.

RAM. Jesus!

HERN. Que te has asustado
parece.

RAM. Confieso que...
En fin, yo meditaré
si he de ser ó no soldado.

HERN. Dame el trage.

RAM. Si pudiera
alguna dama miraros,
bien sé yo que al contemplaros
congojas de amor tuviera.

HERN. Gozo al escucharte siento:
si alguien viene á preguntar
por mí, no dejes pasar:
que espere en este aposento.

ESCENA V.

RAMIRO.

Con tanta arrogancia y brio
y con ímpetus tan bravos,

para vivir entre libros
que no ha nacido está claro.
Detesta la soledad,
y su padre sin embargo
al estudio le dedica
con un empeño tan raro,
que muchas veces le priva
hasta de que salga al campo.
Tanta sujecion le mata.
Los consejos de ese sabio
preceptor, en vez de calma,
ira y soberbia le han dado.
Está furioso! Mas... calla!
Parece que siento pasos...
es su prima doña Elvira
que se dirige á este cuarto.
Entretenerla conviene
si he de cumplir su mandato.

ESCENA VI.

ELVIRA.—RAMIRO.

ELV. Está Hernando?
RAM. Sí, señora,
pero no podeis pasar.
ELV. Quisiera hablarle.
RAM. A estudiar
vuestro primo empieza ahora.
ELV. De aplicacion hace alarde!
Pero aunque sienta cortarla!..
RAM. Debiérais de respetarla,
pues le da de tarde en tarde.
ELV. Él, que lleno de ardimiento
siempre odió la sujecion,
estudiar con tal pasion!
RAM. Habrá mudado de intento.
ELV. Pláceme hallarle anhelante
estudiando, aunque me admira...
RAM. Pues no dudeis, doña Elvira,
de que es todo un estudiante.
ELV. Solo por calmar su afan

hasta su estancia venia;
antes así lo queria!

RAM. Antes era un holgazan.

ELV. Cónque está tan aplicado?
¿Y juzgas que siga así
mucho?

RAM. Yo creo que sí,
porque está ya muy mudado.

ELV. Va á causar mucha alegria
á su padre tal mudanza.

RAM. Si sigue así, sin tardanza
da fin con la teología.

ELV. Su aplicacion y sosiego
no pretendo interrumpir:
marcho contenta á decir
esta noticia á don Diego.
¡Cónque gozo escuchará
la mudanza de su Hernando!
De la certeza dudando,
él mismo hasta aquí vendrá.
Dile á mi primo, que Elvira
ha estado aquí para hablarle,
y que por no molestarle
de su estancia se retira.
Que puede mucho esperarse
de quien sabe así vencerse;
que es virtud el convencerse
y heroismo el resignarse:
y que al mirar esta prueba
de sumision tan honrosa,
marcho, con alma gozosa,
á su padre á dar la nueva.

ESCENA VII.

RAMIRO.

Va á descubrirse este enredo,
y empiezo á temer por mí.
Doña Elvira confiada
en lo que acaba de oir,
va á contárselo á don Diego.

el buen viejo vendrá aquí
con la aplicacion de su hijo
contemplándose feliz,
y al tocar el desengaño
se va á armar una de mil
diablos: pero, qué remedio!
Yo me salvo con decir
que lo ordenó don Hernando,
y que en vano resistí:
que era capaz de matarme;
por último, que cumplir
con mi deber, no es pecado:
él mandó y yo obedecí.
Lo que á pesar de mi miedo
me está incitando á reir,
es el preceptor adusto:
cuando mascando latin
piense hallar á mi señor
con humildad infantil,
y le encuentre mas altivo
y mas guerrero que el Cid,
sin saber lo que le pasa
de susto se va á morir.
Mas sin duda don Hernando
el trage se ha puesto... sí...
Ya llega... Por vida mia!
que tiene un aire gentil!

ESCENA VIII.

Dicho y HERNANDO *en trage de guerra.*

HERN. Qué tal?
RAM. Daisme admiracion,
y estais así deslumbrante.
HERN. Disfrázate de estudiante (*Dándole su sotana.*)
y da por mí la leccion.
RAM. Yo, señor!
HERN. Por vida mia!
tú eres mozo de esparpajo;
no pienses que te aventajo
en esto de teología.

RAM. Iguales, triste de mí!
decis que estamos los dos?
HERN. Qué sabes tú?
RAM. Que hay un Dios.
HERN. Eso es lo que yo aprendí.
Dice el preceptor ufano
en su constante estribillo
que hay un Dios, y ante él me humillo
como todo buen cristiano.
RAM. De miedo mi pecho late.
Y cuando me toque hablar,
¿cómo va él á soportar
tanto y tanto disparate?
HERN. Yo te marcaré el camino
y diré lo que has de hacer.
RAM. Ya escucho; vamos á ver.
HERN. Te pones algo mohino.
Si te pregunta, en tu asiento
contestas con un saludo;
haces el papel de mudo,
y sales con lucimiento.
A mí me tiene por loco,
porque ya en la ficcion ducho,
unas veces hablo mucho,
y otras veces hablo poco.
Él no se ofende por nada;
tiene larga la paciencia;
haz hoy por mí penitencia,
y ten la boca cerrada.
Oyes? cerrada la boca;
que él no lo tendrá á desaire;
yo voy á tomar el aire
que este ambiente me sofoca.

ESCENA IX.

RAMIRO *poniéndose el manteo y sotana.*

Pues señor, el pensamiento
no hay duda que es divertido;
quedaré con lucimiento
sin fatigar mi talento.

Mas, calla!... Ya siento ruido.
El preceptor viene! Sí!..
vamos, pues, á comenzar.
Ya mi papel aprendí:
no tengo que hacer aquí
mas que oir, ver y callar.
(*Se sienta á la mesa y oculta el semblante.*)

ESCENA X.

Dicho y el PRECEPTOR.

PRECEP. ¡Vamos, hoy le hallo sumido
en dulce contemplacion!
(*Contemplándole desde el fondo.*)
Sin duda se ha convencido!
(*Al ver que Ramiro le hace una profunda reverencia.*)
Sentaos, hijo querido,
y empecemos la leccion.
(*Se sienta enfrente de Ramiro.*)
Que la soberbia es pecado
ageno de toda luz,
está ya muy demostrado
con el ejemplo sagrado
de Dios muriendo en la cruz.
Usaré comparaciones,
para que así claramente
bebais mis esplicaciones,
y vayan mis espresiones
á grabarse en vuestra mente.
La virtud es un lucero
que la salud restituye:
la soberbia es monstruo fiero
que con sus dientes de acero,
todo cuanto ve destruye.
Es preciso que analice
si vos y yo discordamos,
para que así garantice...
(*Ramiro hace una cortesía.*)
vuestra aprobacion me dice
que conformes nos hallamos.
Aunque de grave importancia,

puedo decir con jactancia,
que he terminado este asunto;
pasemos al otro punto
que es el de la intemperancia.
La sed de los mundanales
placeres, ofusca el juicio
y hace á los hombres venales:
la intemperancia es un vicio
de los mas trascendentales.
San Agustin sin rebozo,
pronosticaba mal fin
en su intemperante gozo.

RAM. (Se conoce que era un mozo
de temple, san Agustin.)

PRECEP. Luego por fin se enmendó:
la virtud que el vicio trunca
su ciega mente alumbró,
y la intemperancia odió.

RAM. (Mas vale tarde que nunca.)

PRECEP. Con vuestra meditacion,
sin desplegar vuestro labio
me estais dando la razon.

RAM. (Poder de la adulacion!
va á decir que soy un sabio.)

PREDEP. (¡Hoy le ha dado por callar
y presentarse con ceño!
Es loco; loco de atar!)

RAM. (Siento que deje de hablar,
porque me iba entrando el sueño.)

PRECEP. Con calma me habeis oido;
y aunque no habeis contestado,
creo que estais convencido.
(*Ramiro hace un saludo.*)
Quedad con Dios, hijo amado.

RAM. Por Cristo que me he lucido.
Quítome este trage pronto; (*Lo hace.*)
que vendrá el padre no dudo;
ya que he hecho el papel de mudo,
que no haga el papel de tonto.
No lo dige? El viejo viene,
al lado de su sobrina...
aquí revienta la mina:

de largo, mentir conviene.

ESCENA XI.

DON DIEGO, ELVIRA, RAMIRO.

DIEGO. Hernando! Hernando!
RAM. Señor!
DIEGO. Dónde se halla el hijo mio?
RAM. Ha salido hace un momento
sin duda con el designio
de refrescar su cabeza.
DIEGO. Mas á dónde fue, no dijo?
RAM. Creo que sí.
DIEGO. Cómo! Crees?
Pues entonces, pronto, dímelo;
quiero abrazarle.
RAM. Señor,
el caso es que no he entendido,
porque iba hablando en latin.
(Así salvo el compromiso!)
ELV. En latin! Mucho me estraña
ese lenguage en mi primo.
DIEGO. Pues no debe de estrañarte;
mi Hernando es un buen latino.
RAM. Vaya si lo es; ya me acuerdo
lo que habló cerrando un libro.
Dic pater michi; qui ad campus
lepus, leporis, Ramirus.
DIEGO. Lo estás viendo?
RAM. Doña Elvira;
con vos hablará castizo
castellano, pero en cambio
no sucede así conmigo.
Siempre me habla en la dificil
lengua de Horacio y Virgilio,
segun dice el preceptor.
(Vaya un mentir infinito!)
DIEGO. Es preciso que le vea;
que le esprese el regocijo
que causa su aplicacion
en mi pecho: ven Ramiro;

síguemc á ver si le hallamos.
Tú, Elvira, en este recinto
quédate, mientras nosotros
le buscamos.

RAM. Por Dios vivo,
doña Elvira: si viniese
don Hernando, su vestido
decid que arroje, al instante:
solamente en vos confío,
y espero que generosa
hagais este sacrificio,
sino por salvarme á mí,
por salvar á vuestro primo.

ESCENA XII

ELVIRA.

No sé lo que está pasando...
no sé que está sucediendo,
que entre la duda y la pena
se halla batallando el pecho.
¿Cónque mientras ponderaba
su aplicacion á don Diego,
él, burlándonos á todos
se vestia de guerrero?
Ay! Su instinto le arrebata!
Mucho por mi primo temo!
Cuando recuerda la gloria
de los que esgrimen su acero
por ensanchar los dominios
de la España, tan soberbio,
tan arrogante se pone,
que al verle me causa miedo.
Y yo, que siento nacer
entre el temor, un deseo
vago como los fantasmas
que nos retratan los sueños,
por su influjo fascinada
gozo cuando así le veo.
Pero oigo pasos... él es!..

HERN. Prima! Que te guarde el cielo.
(*Al fondo con acento que revela su exaltacion.*)

ESCENA XIII.

ELVIRA.—HERNANDO.

ELV. (Con cuánta altivez avanza!
Que bien el trage le está.)
HERN. (El instante llegó ya
de realizar mi esperanza.)
ELV. Hernando!
HERN. Querida Elvira!
confusa te encuentro!
ELV. Sí!
La inquietud que ves en mí,
tú la causabas.
HERN. Respira.
Siempre dispuesta á ocultar
mis faltas con tu desvelo;
siempre dispuesta el consuelo
en mi pecho á derramar,
eres víctima inocente
de mi indómita altivez,
mas será la última vez.
ELV. Cómo!
HERN. Escucha atentamente.
Voy á mi padre á decir
que me devora la llama
de la gloria y de la fama.
ELV. Ah! No le des que sentir.
HERN. Entonces, como una fiera
en una jaula metida,
quieres que pase mi vida?
ELV. Tu condicion altanera
reprime.
HERN. No puede ser.
ELV. Por piedad! Yo te lo ruego.
HERN. ¿Y quién apaga este fuego
que aquí dentro siento arder?
¿Quién contiene mi destino
sin que arrastre en su torrente

á quien contenerle intente?
Quién puede torcer mi sino?
Tú misma, tan cariñosa,
tan complaciente conmigo,
mas que nadie eres testigo
de mi inclinacion fogosa.
Cuando obligado á estudiar
me agitaba en mi desvelo,
tú como un angel del cielo
me has venido á consolar.
Y en coloquio seductor
el tiempo veloz pasaba:
yo la guerra te pintaba,
tú pintábasme el amor.
Y ante los colores vivos
de tan bellas descripciones,
latian dos corazones
bajo un influjo cautivos.

ELV. Locas ilusiones fueron
que debemos olvidar.

HERN. Nuestras almas á la par
con noble ardor las sintieron.

ELV. Conociendo estoy que yo
ser tan franca no debí.

HERN. Si entonces digiste sí,
por qué ahora dices que no?
¿ó tan pronto has olvidado
aquellos sueños de gloria?

ELV. No, Hernando, que en mi memoria
tu acento los ha grabado.

HERN. ¿Te acuerdas de aquel momento
de ventura inesperada,
en que tu amante mirada
cambió en dicha mi contento?
¿Te acuerdas del pensamiento
que animoso concebí,
porque en tu mirada ví
la luz que yo apetecia?
¿Te acuerdas, Elvira mia
de aquellos instantes?

ELV. Sí.

HERN. Entonces te dige, creo

que nuestra esperanza es vana
sino cambio la sotana
por el militar arreo.
Tú accediste á mi deseo,
y una lágrima rodó
por tus mejillas, que yo
con mis labios la bebí...
Te acuerdas, Elvira?

ELV. Sí.

HERN. Quién tus ideas cambió?
¿Por qué olvidas la grandeza
de nuestros votos sinceros?
Guerra y amor, compañeros
son siempre por su nobleza.
Para alcanzar tu belleza
y hacerme digno de tí,
debo ausentarme de aquí.
El trance amargo llegó;
¿porque me dices que no,
habiendo dicho que sí?

ELV. Porque mi deber...

HERN. Elvira,
estás ahogando, y lo siento,
el mas noble sentimiento
que Dios al mortal inspira.

ELV. Quien con batallas delira
amar su deber le veda;
que aunque ser sensible pueda
sangriento se volverá...
Siempre olvida el que se vá,
infeliz de la que queda!
Suspirando quedaré,
sin tí, solitaria y triste!

HERN. En cuanto un nombre conquiste
yo á tu lado volveré.
No temas; mi amante fe
inestinguible será.
Pero, ay! que tal vez vendrá
quien en tu amor me suceda...
Siempre olvida la que queda!
Infeliz del que se va!

ELV. Sin tí, cómo hallar reposo?

HERN. ¿Ignoras, Elvira mia,
que estudiando teología
nunca podré ser tu esposo?

ELV. Es cierto; pero á turbar
de tu padre la vejez
vas con esa insensatez.

HERN. Por eso le quiero hablar.
Elvira, ya encadenado
á su respeto viví,
mas no me es posible aquí
estar mas tiempo encerrado.
Ese respeto me enfrena;
temor mi padre me inspira;
pero es mi destino, Elvira,
quien va á romper mi cadena.
Hoy, siguiendo tus consejos,
he intentado inútilmente
estudiar, pero mi mente
se me ha escapado muy lejos.
Sin poderme contener
y ardiendo en feroz coraje,
llamé á Ramiro, y el trage
pedí que he mandado hacer.
Me le puse, y mi aposento
era un dogal que me ahogaba;
salí al campo... me abrasaba,
y necesitaba viento.
Cogí un lanzon de mi abuelo,
monté un caballo de guerra,
y despreciando la tierra
mis ojos fijé en el cielo.
El duro hierro tascando,
dando al viento la melena,
iba el caballo la arena
con sus corbetas bordando.
Su altivo cuello enarcaba;
tambien libertad queria,
y como no la tenia
de impaciencia resoplaba.
Yo entonces le provoqué
el acicate clavándole,
y á su impulso abandonándole

las dos riendas le solté.
El rayo del firmamento
que hiende veloz la esfera,
es mas tardo en su carrera,
que el bruto rasgando el viento.
Cuanto mas y mas corria
mas velocidad tomaba;
en la tierra se fijaba,
y en el aire se tendia.
Por último, desbocado,
sin poderle conducir,
ya me llevaba á morir
contra una encina estrellado,
cuando yo con decision
y al verla ya muy vecina,
dirigí contra la encina
la punta de mi lanzon.
El bruto paró su vuelo;
y ante lanzada tan fiera,
al contener su carrera
dió con el anca en el suelo.

ESCENA XIV.

Dichos y Don Diego.

Diego. Hernando! Pero qué veo!
Hern. Oidme, padre y señor.
Diego. Aparta, me das horror;
lo estoy viendo y no lo creo.
¿Vienes con deseo impuro
á provocar mi corage?
Quítate pronto ese trage
hijo rebelde y perjuro.
¿Y era esta la aplicacion
que tanto me ponderabas? (*A Elvira.*)
Elv. Tio!
Diego. Tambien me engañabas!
Elv. Templad vuestra agitacion.
Hern. Padre, escuchadme, os lo ruego,
por la sombra de mi madre.
Diego. No.

HERN. Sino me oye mi padre,
tendrá que oirme don Diego.
DIEGO. Habla, ya que entre los dos
has puesto un mundo de abrojos.
HERN. Contened vuestros enojos
y oidme, padre, por Dios.
Al estudio dedicado
por vos, cumplir he querido
mi deber, mas no he podido:
para otro objeto llamado
al mundo sin duda fuí;
ese mundo me reclama;
y pues quiero gloria y fama
para la guerra nací.
De noche cuando estudiando
me veis, con ardor guerrero,
mi pensamiento ligero
va al campamento volando.
Y en vez de las letras, veo
tan solo cotas y mallas,
y presencio las batallas
con los ojos del deseo.
Como autómata de tierra,
indiferente, egoista,
tengo en el libro la vista,
pero el alma está en la guerra.
Feroz, altivo y ardiente,
me encuentro aquí encadenado;
tened piedad, padre amado
y sed conmigo clemente:
si está el porvenir escrito
que se realice dejad,
y dadme la libertad
porque yo la necesito.
DIEGO. ¿Quiéres la desolacion
de la guerra y sus horrores?
HERN. Uno de nuestros mayores,
por la guerra fue Alarcon.
Este apellido alcanzado
por un hecho tan gloriaso,
sabré sustentar brioso...
padre, quiero ser soldado.

Yo buen clérigo no haria,
y... dispensad mi franqueza,
tengo dura la cabeza
para estudiar teología.
Soy fuerte, tengo esperanza,
y me apellido Alarcon;
dadme vuestra vendicion,
un caballo y una lanza.
Me dan pavor los bonetes
y por la guerra me crispo,
quiero ser antes que obispo,
capitan de cien ginetes.

DIEGO. Pues con decision tan fiera
me vienes á provocar,
no te la quiero negar;
mas no apruebo tu carrera.
Si en el porvenir penetras,
yo en el porvenir no leo,
y muero con el deseo
de que cultives las letras.

ESCENA XV.

Dichos. Un CABALLERO *conducido por* RAMIRO.

CAB. Guarde el cielo al de Alarcon.

DIEGO. Él tambien os de su gracia.

CAB. Señor, vengo con noticias
de la guerra de Granada,
y á solas quisiera hablaros
con vuestro hijo.

DIEGO. Elvira amada,
déjanos por un instante.

ELV. (El corazon me presagia
dolor funesto; mi padre
se encuentra allí, y cosa es clara,
que siendo feliz la nueva
mis oidos la escucharan.)
Ya señor, os obedezco.
(Ay Dios! se me parte el alma!)

ESCENA XVI.

DON DIEGO, HERNANDO, CABALLERO.

DIEGO. Podeis hablar, mensagero.
Qué es de mi hermano?
CAB. Señor,
hable por mí mi silencio,
y este fúnebre crespon,
pues falta al labio la fuerza...
DIEGO. Murió mi hermano?
CAB. Murió,
mas como un héroe.
HERN. Dijérais
mas bien como un Alarcon.
CAB. (Soberbio parece el mozo.)
DIEGO. Téngale en su gloria Dios.
CAB. Contra un peloton de moros
peleando sucumbió,
sin poderle dar auxilio.
HERN. Y era grande el peloton?
CAB. Como de veinte.
HERN. (Respiro.)
Y él á cuántos despachó?
CAB. Motó á diez.
HERN. A la mitad!
Por Cristo que se portó
mi tio como quien era.
CAB. Cuando al sitio llegué en pos
de mi deseo, espirante
de esta manera me habló:
«Dejo en el mundo una hija:
dí á mi hermano que su honor
guarde y que por ella vele.»
DIEGO. Por su sombra juro yo
mientras me dure la vida,
darla amparo y proteccion.
CAB. Cuando dige que lo haria,
prosiguió con débil voz:
«Esta espada á mi sobrino
llevarás; es la mejor

prenda que puedo dejarle.
Que la herede, y su teson
muestre con ella en las lides
dando á su patria esplendor.»
Dijo, y lanzando un suspiro
en él, el alma envió.

HERN. Y yo le juro de hinojos
(*Postrándose al tomarla.*)
con llanto en el corazon,
despues de besar su pomo
esgrimirla con valor.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y ELVIRA *agitada.*

ELV. Perdonad, si inadvertida,
aunque al respeto no cuadre,
vengo á saber de mi padre
con el alma condolida.
Vuestro silencio pedazos
me hace el corazon. Dios mio!
Dónde está mi padre, tio?

DIEGO. Sobrina, ven á mis brazos!
(*Se los tiende y Elvira se arroja en ellos.*)
ven, lloremos á la vez;
seré tu padre amoroso,
y tú el angel cariñoso
que consuele mi vejez.
Al hijo que amaba tanto
hoy me le arranca la guerra,
pero quedas tú en la tierra
para consolar mi llanto.

HERN. Dulces prendas de ternura
que siempre el alma amará,
quedad con Dios, porque ya
luce el sol de mi ventura.
Tras de su antorcha sediento
voy por su iman arrastrado;
para estar á vuestro lado
me queda mi pensamiento.
Feliz si por mi nacion

muero, alcanzando con gloria,
una página en la historia
para Hernando de Alarcon.

FIN.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: *librerias de Cuesta, Rios, Matute, Publicidad, Monier, Villaverde y Villa.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.	*Murcia.*	Andrion.
Alcoy.	Martí é hijos.	*Moron.*	Gil y Montes.
Algeciras.	Monet.	*Mérida.*	Arauna.
Alicante.	Ibarra.	*Manzanares.*	Calvo.
Almeria.	Vergara y Compañia.	*Mondoñedo.*	Delgado.
		Medina del Campo	Velayo.
Aranjuez.	Sainz.	*Orense.*	Novoa.
Avila.	Gayoso.	*Oviedo.*	C. Fernandez.
Almagro.	Navarro.	*Osuna.*	Montero.
Badajoz.	V. de Carrillo.	*Palencia.*	Cabanzon.
Barcelona.	Sauri.	*Palma.*	Rullan-Hermanos.
Bilbao.	Velasco.		
Burgos.	Hervias.	*Pamplona.*	Ochoa.
Cáceres.	Gallardo.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cádiz.	Moraleda.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Córdoba.	L. de la Torre.		
Cuenca.	Mariana.	*Reynosa.*	Perez.
Castellon.	G. Otero.	*Reus.*	Prius.
Ciudad-Real.	Gonzalez.	*Sanlucar.*	Esper.
Coruña.	Perez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Carmona.	Moreno.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Bonnet.
Cartagena.	Moreno.		
Ferrol.	Tajonera.	*Santander.*	Riesgo.
Gerona.	Palahi.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Gijon.	Abreu.	*Soria.*	Rioja.
Granada.	Zamora.	*Segovia.*	Alejandro.
Guadalajara.	Marchs.	*S. Sebastian.*	Baroja.
Huelva.	M. Lopez.	*Sevilla.*	Fe.
Huesca.	Martinez.	*Salamanca.*	Torres.
Jaen.	S S. Sagristá y Compañia.	*Tarragona.*	Puygrubí.
		Toledo.	Hernandez.
Játiva.	Bellver.	*Teruel.*	Perez.
Jerez.	Bueno.	*Tarancon.*	Horcajada.
Leon.	Redondo.	*Valencia.*	M. Garin.
Lérida.	Sol.	*Valladolid.*	Rodriguez.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Vitoria.*	Ormilugue.
Lorca.	Delgado.	*Vigo.*	Fernandez Dios.
Logroño.	Ruiz.	*Zamora.*	Pimentel.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	Gallifa.
Málaga.	Casilari.		